INSTITUTO HISPANO ARABE
BIBLIOTECA

ADELINA GURREA MONASTERIO

A LO LARGO DEL CAMINO

(POESIAS)

Prólogo de FEDERICO MUELAS

R-1931

A LO LARGO DEL CAMINO

Es Propiedad

Talleres Graficos GARPAJE - Generalisimo, 41 - Aranjuez (Madrid)

ADELINA GURREA

A LO LARGO DEL CAMINO

(POESIAS)

Prólogo de FEDERICO MUELAS

Viñetas y grabados de BEATRIZ FIGUEIREDO

PUBLICACIONES DEL
CIRCULO FILIPINO
MADRID

INDICE

PAGINA

DEDICATORIA

NOTA PRELIMINAR 11

PROLOGO 13

I - NATURALEZA Y TERNURA

Oración 23

El Jardín de "La Serna" 24

Quisiera volar 26

Ladrón de flores 28

El prado amigo 31

Estampa invernal 33

Sampaguita 34

Nostalgia 37

Playa filipina 39

Ocaso 41

Así no 42

Esfuerzo inútil 43

Mis relojes 45

Colegiala 46

Para un alma buena 48

Desaliento 50

Ese camino triste 52

Confesión 54

Inquietud 56

PAGINA

La angustia 59

II - AMOR Y PASION

Anhelo 65

Contigo 66

Quiero llegar a tu alma 68

Una rosa 70

Me dá... 72

Sentimental 74

El día que te vea 77

Yo no lo sé 80

Porque tú estás triste 82

Caída 84

¡Para qué! 86

La noche es de besos 87

CANCIONES DEL AMANTE

Cansancio 91

Abreme la puerta 94

Yo quisiera saber. 97

III - PATRIA Y FE

Mis amores 101

Mi homenaje 103

El fantásma de María Clara 107

Magallanes 112

Sólo por eso 119

Dame 120

Gratiae plena 121

Soneto 123

DIBUJÓ ALFONSO

Dedicatoria

A mi madre, que supo enfrentarse valerosamente con la prosa diaria para que yo pudiese hacer poesía.

NOTA PRELIMINAR

Esta colección de poesías no lleva la pretensión de ser un libro con homogeneidad de temas para hacer un todo, cuya unidad quiera presentar un estilo original, y menos aún formar una escuela o pretender abrir caminos nuevos en la poesía. No es tampoco la obra de una época determinada de mi vida, menos aún de la presente. Como su título indica, "**A lo largo del Camino**" es una colección de poemas, escritos en distintas edades, ante diferentes estados de ánimo, con una variante de asuntos que fueron surgiendo conforme a las necesidades de mi alma, para determinar dos fines, especialmente como válvula de escape a los vapores comprimidos en el corazón, pero nunca con miras a obtener gloria y renombre, ni siquiera con intención de ser publicados.

Si al fin lo hago, tras una no muy minuciosa selección y con leves retoques, es únicamente para que mi patria, Filipinas, tenga una representación más de sus poetas de habla hispana.

Siempre fué sueño y ambición de mi vida dar todo cuanto pudiese para evitar la extinción del castellano en mi tierra, y ahora, para hacerlo resurgir de nuevo. Dejando a un lado eso que llaman obra para minorias, quise popularizar mis escritos para que fuesen una lección amable de corazón y amenidad capaz de ser leída por las masas. A pesar de ello algunos de mis poemas no son tan fáciles de aprehender. ¡Exigencias de ese vuelo que va buscando alturas sin sentirlo!. Pero estos también, son un espino, una florecilla, un rosal de mi senda, o un remontarse las palomas, aun más alto, las aguilas, sobre mis senderos. Y han de ser incluídos en la colección.

El libro no tiene más que un fin, el de ser un tomo de versos en castellano publicado por un filipino, pensando en España y en Filipinas. Y creo que el fin está conseguido. Porque al cantar en español, devuelvo a España el pago de esa gloriosa herencia del habla de Cervantes, rindiéndola el servicio de ayudar a que no muera la simiente sobre el campo sembrado.

LA AUTORA

Madrid, febrero de 1954.

PRÓLOGO

ADELINA no se ha acostumbrado ni posiblemente se acostumbrará nunca a la sorpresa. Un día se echó a andar por los senderos de la creación literaria sin otra preocupación que la de hacer camino, la de avanzar cada día un poco más, descubriendo paisajes nuevos. A un lado y a otro de la senda el mundo se entreabría para enseñarle sus secretos. Adelina tenía que cerrar con frecuencia los ojos y quedarse detenida, acaso engañando a los árboles y a las rocas con su inmovilidad. Y es que a cada instante ante el renovado mundo, se iba haciendo más imperiosa una voz interior que a veces creía era solo el eco de lo que miraba, eco último de una conciencia siempre alerta y otras veces provocada saliendo fuera en la prosa o en el verso, el silencio de las cosas que se quedaban a su vez arrodilladas

con gesto sumiso, casi de mujer de aquellas lejanías últimas del globo. Pero cuando así sucedía, era la propia Adelina la maravillada de su voz, de su canto. A tal extremo llegaba su humildad que desconociendo su propio acento lo creía cuando más, el poso, la herencia muy antigua que otras gentes dejaron en su alma. No es de extrañar por ello, la actitud de esta escritora ilustre en el mundo de las letras. Cuando se la mira —y su obra reclama a cada instante ser mirada— confunde Adelina sus ojos con los de los demás, echándose a la calle con la gente para buscar, como el hijo de aquel rey del apólogo que mezclado con la multitud puesta en movimiento para encontrarlo, se iba buscando así mismo mezclado entre los buscadores. Y se encontró cuando en el espejo ocasional de un agua quieta, charco o remanso, contempló reflejada en la limpia pupila plana su propia figura.

El espejo circunstancial ha sido para Adelina el reconocimiento de sus cualidades excepcionales por jurados literarios de altísimo renombre. Aún en ese instante sus ojos buscaban el nombre proclamado. Ante la evidencia se reduce al amparo de su propia sombra y casi busca explicación al fenómeno de su excepcionalidad que ella atribuye a la raza, aún más, a las razas. Porque Adelina, muy filipina y muy española, responde fielmente a las llamadas de esas dos grandes voces de su espíritu. Una vez más en el terreno literario, la feliz confluencia de razas determina la visión original, con amplias perspectivas hacia una y otra vertiente. En Adelina se extreman estas características. Se extreman hacia dentro en una simultánea fidelidad al caudal que hizo uno, de las dos afluencias.

No conozco suficientemente la crítica que de la obra más popular de Adelina "Cuentos de Juana" se ha hecho. Me gustaría, a mi vez, poder escribir las muchas cuartillas que obra tan importante merece. Porque situarse como Adelina lo ha hecho desde dentro y contar, confundiéndose con los seres y las cosas hasta lograr apresar en un solo libro la esencia de un pueblo, siendo a la vez portavoz de los grandes anhelos y de las mínimas circunstancias, del escalofrío de la montaña y del tiemblo de la hoja, de la astucia del animalillo y del tremendo desasosiego de un trozo de naturaleza que obra como si fuera un solo cuerpo, es labor que sólo puede llevar a feliz término una sensibilidad excepcional a la que ayudan poderosamente los recuerdos dormidos, los atavismos de raza, la sorda urdimbre de raices que vienen desde siempre ahondándose, trasmitiendo casi con el tacto, casi con el aroma —el olor profundo de las cosas enterradas— un mensaje que no se sabe cuando se inició ni cuando se terminará, un balbuceo que es a la vez una terrible y apocalíptica voz, como de cordillera que se desquiciara, como de árbol inmenso, milenario —árbol de Teogonía— que desgajara el tirón terrible de un Dios. Por razón de esta fidelidad a la tierra aquella, que yo veo en mi enamoramiento como un intento terreno de espolvorear los mares con la pura gracia del Paraíso, intento a la inversa, pero análogo al del camino de Santiago que vemos en la noche al alzar la cabeza, los cuentos de Adelina —¿por qué no se tituló así el libro "Los Cuentos de Adelina"?— debiera ser objeto de un cuidado especial, convirtiéndose en uno de los libros, quizá el que más, esencialmente nacionales, multiplicándose las ediciones, desde

la que sirve a las iniciaciones escolores a la de lujo con la colaboracion de tipografías y dibujos privativos del país y como expresión genuina del alma de la tierra.

Pero hoy, nos corresponde hablar de los versos de Adelina. No se si pasándome de perspicaz creo adivinar a través de este libro la existencia de otro volumen recatado por esa humildad de la que empecé hablando, que sea en terreno poético lo que "Cuentos de Juana" son en la prosa. Adelina puede llevar a cabo la empresa, interesantísima para las letras filipinas, de recoger, prestándole su propia voz o sirviéndose en lo posible de la expresión popular, un mundo poético contenido en el verso o en el versículo. Ella que por formación tiende a expresarse poéticamente de manera muy distinta, recae, sin advertirlo y con gratísima frecuencia, en este regazo conformado por la amplia maternidad del origen común. Yo, calificaría de cultas trascripciones a muchos de sus poemas, concebidos sin saberlo, bajo el dictado subsconciente de las voces populares eternas de la tierra filipina:

Por la escala de los vientos
a los vientos de mi escala. .
en mi cabeza de nubes
se abre la senda más larga.

Una sinrazón de abrojos
la borda y la contornea,
dos ángeles la vigilan
y un diablo rojo la acecha.

La sujeción a las exigencias descriptivas, no acalla la voz

profunda que yo entrevso en los versos más gráciles de Adelina. Así cuando pinta de bella y precisa manera el paisaje marinero, una playa filipina:

Mil caracolas lo gozan,
mil conchas de cien colores
y hay un renovar de ritos
bajo rodares salobres.
El aire suspenso y quieto
va durmiendo los cocales;
las ciegas fosforescencias
bañan su ronda en los mares.

A veces la resonancia es tan profunda que trasciende del ámbito nacional para sumirse en ondas mucho más extensas que desbordan incluso los límites estrictos de la raza y hacen pensar en la llamada o abrazo que congregá, quiéranlo o no, y por encima de circunstanciales separaciones, a gentes que tienen el común denominador del color de la piel o de los ojos oblícuos. Tal sucede, por ejemplo, cuando Adelina recae en un tema común a varias literaturas de aquellos confines del mundo: El ladrón de flores. Adelina traspone a un plano íntimo el tema;

¿Porqué robas mis rosas,
ladrón de flores,
y sin alma me dejas...

En el Hai-kai, tan conocido, el ladrón de flores suscita la compasión de los elementos por su lírico delito:

Compasiva
con el ladrón de flores.
la luna alumbra la montaña.

En general el libro de poemas de Adelina **"A lo largo del camino"** responde inconscientemente a un deseo antológico. Cada una de sus partes contiene, entremezclados, poemas de épocas muy distintas que ella agrupa en razón del tema. Adelina se mantiene en una línea intuitiva, fiel a sí misma, sin influencias notorias. Procura decir lo que siente de la manera más limpia sacrificando en general el tema a la frase. Para el buen lector de poesías, este deseo de decir desdeñando las puertas de la evasión lírica, limita las posibilidades poéticas de la composición. Pero Adelina es ante todo un firme temperamento que utiliza la poesía, aún más el verso, para una tarea de confesión que le es necesaria. Ella parece temer las sugestiones de la posible frase poética que le lleven lejos de los dictados de su voluntad. El poema sin timón y con vela es rechazado por Adelina que prefiere una poesía de vela más reducida pero de mano poderosa, aferrada al timón. Y en su poesía alienta en todo instante el deseo de ofrecerse en una caritativa labor de inteligencia, poniendo su hombro iluminado al servicio de la ceguera posible de los demás:

Señor:
Rompe el hielo que cubre los estanques
disipa la neblina que oculta las estrellas,
haz pequeños a todos los gigantes
y agiganta las cosas más pequeñas...

El dolor de ver como los demás caminan sin que la ayuda pueda llegarles, la ayuda de ella que quisiera ir siempre al costado de todos, se refleja con especial grandeza en los versos del poema "Para un alma buena":

Y al tener que partir al impulso del sino
me llevo una tristeza más en el corazón:
No poder ir contigo por el mismo camino
para alegrar tu vida con alguna canción.

Una voluntad poética como esta, por fuerza ha de estar colocada bajo el signo del amor. Pero el amor en Adelina tiene una órbita tan amplia que hasta en los poemas más concretos desborda el contenido que el poeta —detesto el término poetisa— quiso darle, dejando sus límites imprecisos, por la fuerza de la pasión. Acaso sea esta una característica más que se justifique en la parte oriental que a Adelina puede corresponderle. En algún momento maravillosamente claro, Adelina expresa este afán de diluirse en puro amor:

Mi alma solitaria, libertada, sin dueño,
alejada del ruido, de la luz, del testigo,
al trazar su camino de ensueño . .
¡Siempre lo anda contigo!

Estudiar la singular faceta del amor en la poesía de Adelina, excedería la generosidad concedida a unas simples líneas de presentación. Apuntada queda para que en otra ocasión se le pueda conceder la amplitud debida. Y no quiero terminar

este preámbulo con el que me honro, sin destacar la parte del libro consagrada a la patria lejana y en esta parte hacer mención especial del poema titulado "El Fantasma de María Clara". En la moderna literatura filipina quedará, obligado en todas las antologías como muestra feliz de expresión poética, enraizada en lo anecdótico, elevado a poemática condición. Los poetas de lengua española agradecemos a Adelina la lección de su poema que por sí solo justificaría el libro, este libro que es, aunque ella no lo diga, el índice preciso de una vida consagrada silenciosamente a la belleza y al amor.

FEDERICO MUELAS

I

NATURALEZA Y TERNURA

Oración

Señor:

ROMPE el hielo que cubre los estanques,
disipa la neblina que oculta las estrellas,
haz pequeños a todos los gigantes
y agiganta las cosas más pequeñas.

El Jardín de "La Serna"

A mi buen amigo Luis Sierra Bermejo

ES tu jardín meditación...
—no importa el sol ni la alegría—
tiene de piedra el corazón
y un tema eterno de elegía.

Entre la hiedra, el laurel
y el jaramago de sus losas,
aprisionada queda en él
el alma vieja de las cosas.

Y ese lenguaje de las fechas
resbala en místico decir
con las extáticas endechas
del agua, lenta al discurrir.

Sobre la voz del ruiseñor
y el trazo audaz de nuestro "ahora"
triunfa su ambiente soñador
y una añoranza ríe y llora.

Piedra tallada: centinela,
guardián leal de la memoria,
tras tus cién mil ojos en vela
se perpetúa toda historia.

.....

Es tu jardín serenidad...
—no importa el grito ni el color—
tiene una mística piedad
y el llanto quieto del amor.

Quisiera volar

QUISIERA volar
a la cima de aquel monte
que se destaca tan verde
sobre el gris del horizonte...
—verde jade, verde musgo, verde mar—
¡Quisiera volar!

Está blanca la mañana
y el sol baña en transparencia

el follaje del rosal.
¡Qué fea la tierra llana!
Sobre el aura matinal
volar quisiera a las cumbres
en la voz de una campana.

O trepar hasta rendir
el cuerpo mísero y pobre;
dejar que el alma al fín logre
ese espiritual vivir
que da la cumbre y la altura,
que dibuje mi figura
la luz contra el horizonte...

bajo el sol de la mañana,
desde la cima del monte,
lejos del mundo y del mar
que fea la tierra llana:
¡Prefiero volar!

Ladrón de flores

¿POR qué robas mis rosas,
ladrón de flores,
y sin alma me dejas
y sin colores,
ramas y rejas?.

¿Por qué? ¿Si los desvelos
han sido míos
y en lirios y amapolas

soñé beber rocíos
de las corolas?.

Si son para solaz
de mariposas
y ruiseñores,
¿Por qué robas las rosas
ladrón de flores?.

.....

A rapaza harapienta
que he sorprendido
la increpo así; «Bribona,
¿no avergüenza tu oído
la palabra ladrona»?.

Rompe el llanto en los ojos
de la nenita
y dice entre otras cosas
«Mi madre está malita
y quiere rosas».

Otra vez es un mozo;
—testa sedeña—
musitan sus rubores;
«Mi amada es pobre y sueña
con tener flores».

Una ancianita, al fín,
con afán sarmentoso
desgaja una ramita;
expone con reposo
sencillo la abuelita:

«La Virgen de los pobres
de las Angustias
y de las penas,
tiene en su altar ya mustias
las azucenas».

.....

Sed de rocío
ruiseñor, mariposas,
para oficiar amores,
¡dejad qué corten rosas
los ladrones de flores!

El prado amigo

HAY un silencio triste de consuelo en el prado;
una esquila se queja en los brazos del viento
como un poeta triste, eternamente atado
al buey de la materia, ajeno a su tormento.

Las voces pueblerinas de unos chicos se alejan
entre el grueso ramaje con que se adorna el río;
de su inercia, unas rocas, parece que se quejan
y la hierba se seca al beso del estío.

Otra vez el silencio... Ahora es un gorjeo
que sobre mi cabeza sueña versos de amor
y el sueño se diluye dentro del forcejeo
del tren que en la escalada crepita su estertor.

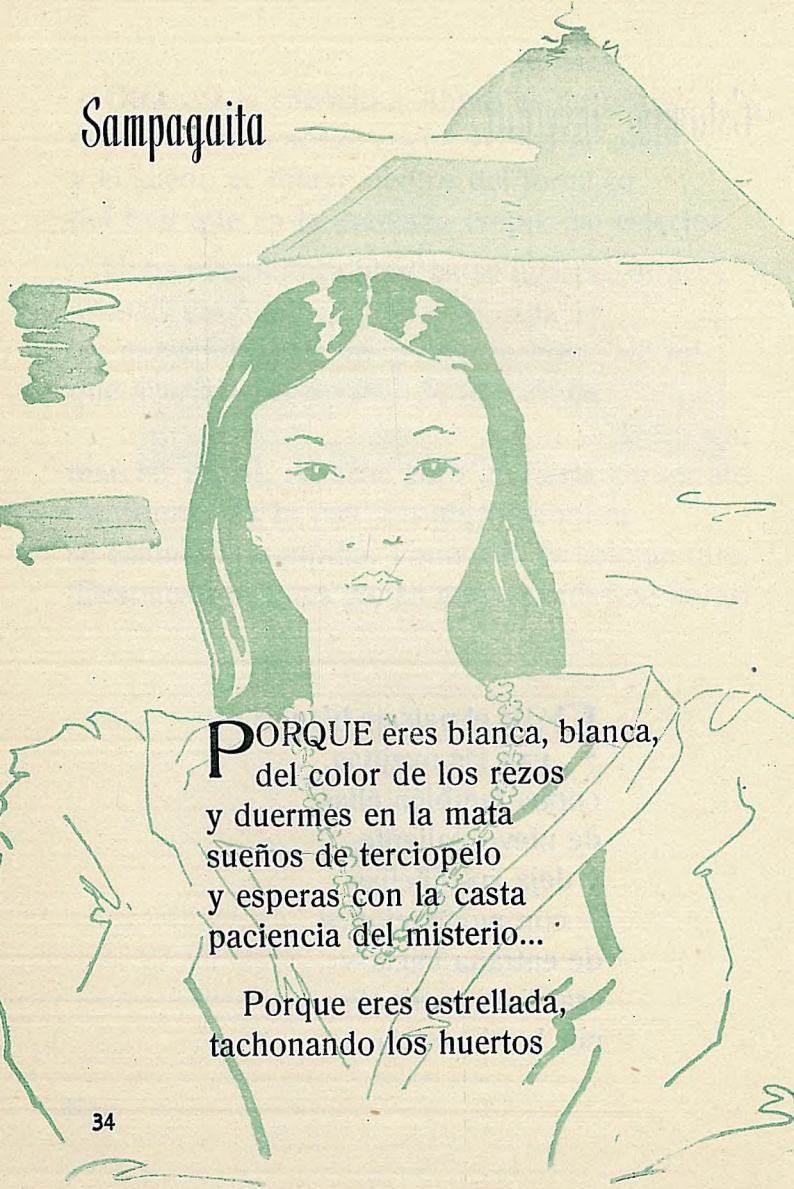
Unas nubes muy blancas se agarran al azul,
árboles verdinegros vigilan el espacio...
los murmullos del río me rozan como un tul
que acaricia las trenzas de una novia.

Despacio
marcha el sol. Al azar abro un libro, Un retrato
me sonríe. Es tu risa. En mi triste mirar
se esfuma la campiña. Todo esto es solo un rato.
¡Después son unas ganas muy grandes de llorar!

Estampa invernal

POR el paisaje blanco
van las ovejitas,
copos también ellas
de nieve caliente,
y deja sus huellas
—con meditaciones
de entraña vacía—
esa nieve ardiente
por la nieve fría.

Sampagaita



PORQUE eres blanca, blanca,
del color de los rezos
y duermes en la mata
sueños de terciopelo
y esperas con la casta
paciencia del misterio...

Porque eres estrellada,
tachonando los huertos

umbríos de mi patria
con un albo reguero,
—florida vía láctea—...

Porque eres como un beso
en la faz de la amada,
y en el pecho un anhelo
del mancebo que aguarda
el divino gorjeo
de su muda garganta...

Porque eres en el viento
la portadora alada
de perfumes serenos,
pulsadores de alma,
y al contacto sedeño
tu caricia clara
blanquean los deseos
y lloran las dalagas...

Porque es níveo destello
tu capullo en la rama
y de gracias impreso,
engarzado, recata
el escote moreno
de la virgen tagala...

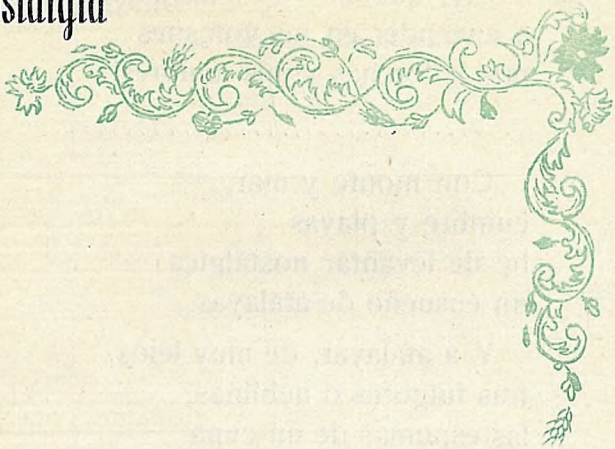
Porque cuentas mil cuentos
a la mente encantada
y siembras embelesos
por las sendas humanas
del trópico en sesteos
extática ígnea calma...

Porque bajo los techos
nipados de sus casas
pones ingenuos sellos
a las pasiones malas...

Porque todo es recuerdo
en tu aroma y tu llama,
nimbando los senderos
con luz de caravana...

Porque eres todo eso;
penumbra y llamarada,
nostalgia, llanto, vuelo,
«ahora», «ayer», «mañana»...
porque eres un ensueño
de mi niñez dorada,
te llevo muy adentro,
muy adentro en el alma.

Nostalgia



ME voy, que me voy al mar,
en busca de madreperlas
y arrecifes de coral.

Me voy, que me voy al monte
para tocar con las manos
la línea del horizonte.

Me voy... me voy a las playas
a escuchar las resonancias,
de caracolas malayas.

¡Ay, que me voy a las cumbres
a encender en los volcanes
mis antorchas y mis lumbres!

. . . . . .

Con monte y mar,
cumbre y playas
he de levantar nostálgica
un ensueño de atalayas.

Y a atalayar, de muy lejos,
tras fulgores o neblinas,
las espumas de mi cuna
sobre arenas filipinas.

Playa filipina

De mediodía a medianoche

DICE su amor a la espuma
una canción de palmeras;
el beso de luz del trópico
incandece las arenas.

Mil caracolas lo gozan,
mil conchas de cien colores
y hay un renovar de ritos
bajo rodares salobres.

El aire suspenso y quieto
va durmiendo los cocales,
las ciegas fosforescencias
bañan su ronda en los mares.

Gayo se va haciendo el cielo
con pinceladas de ocaso
que ennegrecen las siluetas
sobre el fondo iluminado.

Una pantalla de nubes
vela luces de horizonte
y avanzan las soledades
sobre el llano de la noche.

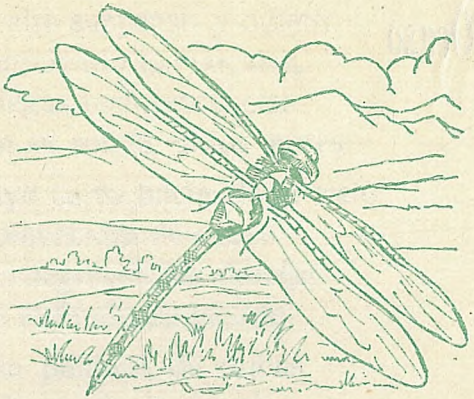
Saturaciones sensuales
trae la luna, sin vientos.
¡Cuanto amor tiene el Amor
prendido en su encantamiento!

Ocaso

EN tus labios
hay danzas azules
de besos y celos;
en tus ojos sabios
hay nimbos de tules
que velan anhelos.

En tu alma...
prodigios dormidos
y luchas cansadas,
la sed de un sosiego
y el ténue latido
que llama a deshora
en puertas cerradas.

Así no...



NO se lo digas cantando.
Díselo con la mirada
crucificada en su mundo.
No se lo digas airada.
Díselo con la serena
quietud del sentir profundo.

Esfuerzo inutil

POR la escala de los vientos
a los vientos de mi escala...
En mi cabeza de nubes
se abre la senda más larga.

Una sinrazón de abrojos
la borda y la contornea,
dos ángeles la vigilan
y un diablo rojo la acecha.

Por la escala de los aires
va el jadeo de mi esfuerzo
y cuando ya toca estrellas
otra vez cae al desierto.

Mis esfuerzos son de arena
y se los llevan los vientos.

Mis relojes

SE han parado mis relojes
—siempre se paran de pronto—.

El retrepar a las nubes
me pierde entre los espacios
y los olvidos del tiempo.

Y cuando vuelvo a la tierra
tengo que ajustar de nuevo
la medida de los ritmos.

Me han despojado de todo...
¡Pero me quedan mis sueños!

Colegiala

ARAÑITAS de hadas,
tejiendo su tela de ensueño
sobre el blanco y el negro
del clave, arañitas raras...
¡Esos son tus dedos!

Esquila en las cumbres,
pureza de mañanas blancas,
ignotas nostalgias,

presentires dulces...
¡Esa es tu garganta!

Canción de la luz
rompiendo en la senda primera...
Promesa de hoguera,
¡Juventud!
Eso, colegiala, eres tú.

Para un alma buena

A Concha García Ruescas

¡QUISIERA ser un hada de los cuentos de niños
para tejer tu dicha con todos mis cariños!.

Dejar sobre tu frente un sueño siempre bueno,
en tu pecho la llama de perenne ilusión
por tu senda las luces de Jesús Nazareno
y una lluvia de rosas sobre tu corazón.

Defender con mis dedos el jardín de tus lirios,
amparar con mi pecho el calor de tu hogar,

de tus santos altares dar la llama a los cirios
y besar con mis labios tu pasión por soñar.

En tus ojos tan grandes poner luz y colores,
una estrofa, una música, una flor, un matiz...
mas sobre todo esto unos grandes amores
que llenaran tu vida y te hicieran feliz.

Yo que soy caminante del abismo y la sierra
me he parado un momento para verte pasar,
y me ha asombrado el ver que vives en la tierra
tú, que eres mas del éter, del cielo y del altar.

Y al tener que partir al impulso del sino,
me llevo una tristeza mas en el corazón;
no poder ir contigo por el mismo camino
para alegrar tu vida con alguna canción.

¡No poder ser un hada de los cuentos de niños
para tejer tu dicha con todos mis cariños!

Desaliento

TODO me duele, el alma, la mirada,
el pensamiento, el tedio, la tristeza,
el silencio, la fe, la lucha honrada,
el triunfo, la venganza y la entereza.

Este presente inconmovible y cierto
y el pasado tan denso y tan baldío:
más allá, niebla y mares sin un puerto
cruzados por estelas del hastío.

Me duele el sacrificio de los sueños
y la huída de todas mis locuras
buscándote un camino de pequeños
senderos, ¿para qué la cordura?

¿Para qué, si tu frente se ha estrellado?
¿para qué si las luces de tus ojos
en reflejos de oasis se han quebrado
yno hay senda que lle ve a tus antojos?

Tu pensamiento es rielar de luna
cambiando con el viento, sobre el mar;
arena movedizad e la duna,
libélula del «nunca reposar».

Al calcinar mis pies sobre las huellas
que dejaron los tuyos en la arena
voy perdiendo mi altura y mis estrellas
sin ganar para tí la paz serena.

Y por eso me duelen los empeños
y la aridez de mi renunciación.
¡Sigamos con la angustia de los sueños
clavados en la cruz del corazón!

Ese camino triste

BAJO el cielo de Francia, un rincón montañoso.
¡Saint Nectairez! Y en el croquis de su paisaje
el trazado sinuoso [suave
de todos los caminos, ¡la misteriosa clave!

Yo que soy caminante he pisado esas sendas
y todas las veredas que serpean el monte;
y tropezando supe fabricar mis enmiendas
siempre de cara al cielo, de cara al horizonte.

Adoro esos caminos que llevan a las cumbres,
que me acercan al sol y que me alejan
de las muchedumbres...

Adoro esos caminos, todos, mas si me dejan
escoger... sin dudar escogería
ese camino triste tallado en el barranco,
saturado de sombras y de melancolía,
con el contraste rudo de algún reflejo blanco.

Ese camino triste para andarlo contigo
y ensoñarlo a la sombra de un nogal majestuoso
y sentirte muy cerca bajo el murmullo amigo
del torrente que plañe su cantar misterioso.

Ese camino triste que nos emborrachara
de paisaje y de amor...
y en esa borrachera el corazón hablara
todo lo que por miedo ocultó su temblor.

Ese camino triste, donde yo te diría,
mirando al agua clara, eterna en su correr,
que hay algo más eterno todavía...
¡MI QUERER!

Confesión

SEÑOR, yo llevo cansado
el corazón de soñar,
y tan lejos me han llevado
los ensueños y mi andar,
que el polvo de mis caminos
me impide ya caminar.

Por sendas de sinrazones
encendí mil lamparillas

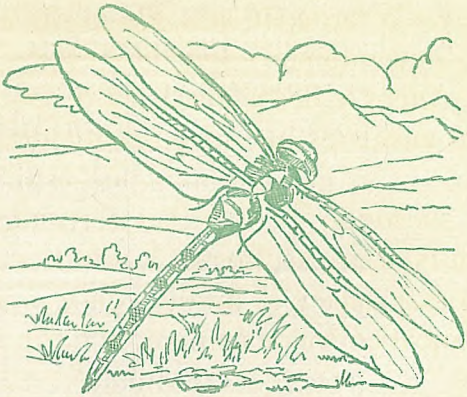
con cera de corazones,
y oculté sus maravillas
en un temblor de emociones.
¡Desborde de mis orillas!

Fuí cortando los espinos,
fuí libando en los rosales
néctar, rocíos y vinos,
y en el arbol de los males
oficié mis peregrinos
pecados espirituales.

Sueños de la noche larga,
presintiendo su ceguera
la luz que espera en el alba...
pero no...
la claridad mañanera
halló las rutas borradas
con cenizas de mi hoguera.

Señor, yo llevo cansado
el corazón de soñar
y tan lejos me han llevado
los ensueños y mi andar
que el polvo de mis caminos
me impide ya caminar.

Inquietud



SON las seis de la tarde en el reloj de casa
y en el otro reloj es la tarde sin seis,
sin cifras de lo exacto en la exacta añagaza
del «cuanto» y «del por qué», del «tanto así valéis».

En la tarde sin seis se deslíe un ocaso
y efervesce en el alma la razón de vivir,
la razón, que es soñar lo que ha de ser fracaso
para rumiar ortigas de vulgar existir.

En la tarde sin seis, sin medidas ni espacio
va nevando sus copos la ilusión de alcanzar,
y aleteos y besos acarician despacio
los ensueños que luego se hundirán en un mar

sin fondo y con orillas de guadaña en acecho,
un mar que sedimenta la virtud y el pecado,
lo exquisito y lo burdo, con el solo derecho
de acabar donde empieza el trasmundo ignorado.

En la tarde sin seis toca a sol la memoria,
toca a luna una esquila sobre el trote del viento
y aflora sinrazones la vereda ilusoria
por el jardín en niebla de nuestro pensamiento.

En la tarde sin seis, quién pudiera clavarse
para hacer imposible el retorno a las horas,
y en el blando remanso del soñar remansarse
sin nostalgias de mares ni saudades de auroras.

Quién pudiera, Dios mío, con rebosos de altura
olvidar una espera de insistente llamada,
recorrer los senderos de la quieta llanura
y los anchos caminos de la llama apagada.

Son las seis de la tarde en el reloj de casa
y en el otro reloj se ha hecho blanca la esfera:
para ensoñar serena mis destiempos, sin tasa,
no me digas que tu alma solitaria me espera.

La angustia

NO quiero meterme en la angustia,
la angustia del tiempo
que tiembla en las manos del hombre;
esas manos sin pulso ni sangre
que vibren con tactos humanos,
esos dedos de hierro de garfios y aceros
curvando sus uñas sobre corazones
ingénuos de artistas de santos y de pordioseros.

No quiero meterme en la angustia,
ni quiero sus metas, ni quiero sus juegos,
ni quiero sus glorias,
ni quiero sus luces inmóviles
en su guardia fría por sus derroteros.

No quiero meterme en la angustia,
la angustia del hombre sin Dios
que busca respuestas
y pregunta y pregunta
a su egolatría,
y estruja los ácidos del razonamiento
hasta el límite neutro y estéril
de la sinrazón;
la angustia del hombre
que exige un «por qué»
y niega a sus pies desangrados
caminos de fé.

No quiero, no quiero la angustia
de sabor amargo
a hiel de Caín:
la angustia de torva mirada
que mata en la sombra
la sombra flechada

con haces de luz:
la angustia de aquél
que no quiso quedarse feliz en su puesto,
que no supo captar su destino
y ser el mejor en sus filas
del mando divino.

No quiero la angustia del niño,
del adolescente
que cruza sus horas
sin paz y sin juegos,
sin sueños de luz y candores.
Pobre niño adulto,
con lacras de hombre,
comprando y vendiendo,
cambiando en engaño,
mellada la frente con preocupaciones
y amargo el espíritu
de saber traiciones
en esquinas de pugna
por fuerza y por oro,
por besos de sangre...
¡Niño despojado de llantos sin lloro!

No quiero que me ahogue la angustia del miedo

al hambre y la vida,
a la gran angustia
de sentirse llegando a la meta
pisando la muerte,
sin saber si se llega,
si se gana o se pierde
en la gran carrera del alma.
Prefiero ser lirio vestido, en los valles
y pájaro alegre cruzando los cielos
de un cielo espejado en remansos de fé
al cuido del padre.
Y cumplir jornadas,
y andar mis caminos bajo luna y sol,
y hacer mis descansos
sobre cabezales de la paz de Dios...

II
AMOR Y PASION

Anhelo

QUISIERA haberte encontrado
el día de tu primera comunión;
¡Hostia blanca en tu carne
y hostia blanca en tu corazón!

Contigo

SOÑAR en la penumbra,
beber todo el misterio, la media luz dormida;
alejar nuestra alma del fulgor que deslumbra
y contemplar serenos las huellas de su vida.

Soñar en la penumbra. Soñar...
reconstruir la senda del rosal y el espino;
volverla a desandar...
y sorber otra vez la emoción del camino.

Separando traiciones, dejando los abrojos,
escoger lo mejor, como en los cuentos de hadas;
un beso... y unos ojos,
y todos los temblores de amor en las miradas.

Mi alma solitaria, libertada, sin dueño,
alejada del ruido, de la luz, del testigo,
al trazar su camino de ensueño...
¡siempre lo anda contigo!

Quiero llegar a tu alma

QUIERO lo imposeído;
lo que nadie turbó con la mirada
ni con el pensamiento y el deseo.
Ansío lo escondido,
lo que vive...
donde el mundo creyó que no existía nada,
lo que yo sola veo.

Esa cumbre nevada inaccesible
que sueña bajo el sol sin una huella,
la arena de una playa inhabitada,
tan tímida y sensible,
tan dorada y tan bella...
¡Y sin una pisada!

.....

Amor, amor extraño de mi vida;
llamo a las puertas de tu atardecer,
mas no quiero tu abrazo tantas veces gustado,
tu sangre desvaída,
hastiada de querer
y ser querida.

Prefiero ser titán y remontar el vuelo
a la nevada cumbre,
o en una tarde en calma
arribar a esa playa y besar ese suelo
sin huella ni vislumbre...
¡Y que nadie sospeche que he llegado a tu alma!

Una rosa

HA aumentado la pena de mi congoja
la rosa que me diste,
y el verla sonreir sobre mi pecho
me ha puesto triste.

Yo sé bien que mañana estarán marchitos
ensueño y rosa,
como todas las flores que en el volcán de mi alma
el sino posa.

Para su altar, mi madre, con fé radiante
me la ha pedido
y aunque sé que le apena mi negativa
la he respondido:

«No pidas esta flor—este recuerdo—
no puedo darla».
Quería yo tenerla toda la noche
para besarla.

Me dá...

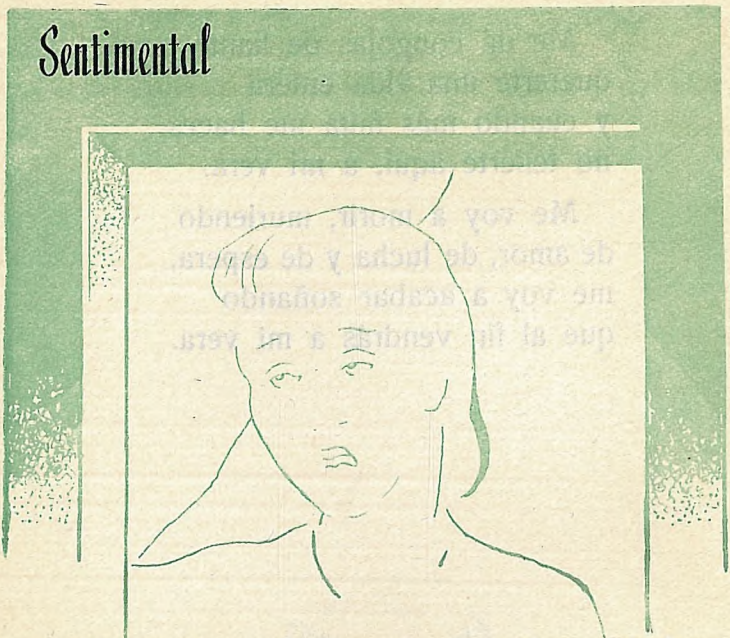
ME dá una pena penita
presentir la primavera,
soñar con lilas y rosas
y no tenerte a mi vera.

Me dá nostalgia y vacío
mirar la luna lunera,
beber misterio en las sombras
y no tenerte a mi vera.

Me dá congojas de llanto
quererte una vida entera
y cuando más falta me haces
no tenerte aquí, a mi vera.

Me voy a morir, muriendo
de amor, de lucha y de espera,
me voy a acabar soñando
que al fin vendrás a mi vera.

Sentimental



UN ruido de fantasmas azota los cristales.
Está mi alma triste, está la noche fría,
y al caer de las gotas, llanto de vendavales,
se acentúa la niebla de mi melancolía.

A veces una ráfaga pone un lúgubre acento
de clamor en el aire que estremece la fronda,
y esa voz misteriosa y fúnebre del viento,
en el abismo inmenso de mi dolor, se ahonda.

Por entre los cristales de mi alcoba cerrada
quiero mirar la tuya y adivinar tu vida.
¿Estás despierto? Entonces ¿qué cuentas a la
[almohada?
¿O que sueña tu frente mientras vela dormida?

¿Hay un beso siquiera entre todos tus besos,
reservado por Dios para los labios míos?
¿Hay frescores de arroyo en lo más hondo presos
para apagar la sed de mis secos estíos?

¿Hay una hora de amor en tu vivir dormido,
y un rato pasional en tu pecho guardado?...
O ¿me voy a morir sin habernos querido?
O ¿me voy acabar sin habernos besado?

Cruza luego el relámpago de la interrogación,
en lo alto una duda levanta su puñal...
¿No me besas por falta quizá de corazón,
o por ese temor pueril de hacerme un mal?

El amor cuando es ciego, es también lo más
[fuerte.
Reforma tus escrúpulos para curar mi herida.
No pienses que tus besos pudieran darme muerte
cuando ya solo sueño con que sean mi vida.

Dame esa hora de amor de tu vivir dormido
y el rosal pasional en tu pecho guardado...
¡No me dejes morir sin habernos querido!
¡No me dejes marchar sin habernos besado!

El día que te vea

EL día que te vea
¡qué grande será el mundo,
qué inmenso será el cielo
y Dios, qué poderoso!
El día que te vea
tendrá calor el hielo,
lo feo será hermoso
y hasta el mal será un bien...

el día que te vea
y ponga un beso largo,
tembloroso en tu sien.
El día que te vea
hará su comunión
mi alma con la luz
descolgará sus brazos
mi pobre corazón,
de su cruz;
levantará sus ojos
mi vida, del abismo
sombrío de la ausencia,
dejará su mutismo
y romperá a cantar
un himno a tu presencia,
a la alegría santa
de amar...
El día que te vea
tendrá que haber fulgores
y aromas en el aura
y muchas, muchas flores,
que tras la larga espera,
aunque sea el invierno,
traerás la primavera

al dolor de mi infierno.
El día que te vea...
—lo dice suspirando
mi esperanza más loca—
¡cuánto dolor temblando,
he de dejar en tu alma,
y cuántos, cuántos besos
en tu boca!

Yo no lo sé

NO sé que dudas tu mente esconde,
no sé que pides a tu razón,
pero recuerda que llevamos
una conciencia—ignoro donde—
otra conciencia en el corazón.

Sufro y lloro, dudo y lucho
interrogando mi pensamiento,
y mi cabeza me dá remisa

muchas respuestas que yo no escucho
porque es más fuerte mi sentimiento.

Rebusca árida, investigación,
cálculo, lógica —basta la fé—
¿Por qué te quiero? ¿Cómo te quiero?
Que te responda tu corazón...
¡Yo no lo sé!

Porque tú estás triste

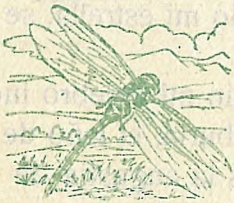
ME duele el alma porque tú estás triste,
veneno de mi vida.
Muda debió quedar siempre esta herida,
y habla por lo que fuiste.
Me duele el alma porque tú estás triste.

Porque estás triste tú, mi vida impía
se ha acercado a un altar
y ha pedido una fé para rogar

por tu pena, que es mía:
por tu dolor, yo rezo todavía.

Tu tristeza me hizo olvidar el mal...
el gran mal que me hiciste,
y porque tú lo estás, yo estoy muy triste,
mis dientes de chacal
escupieron aquel su odio infernal.

Me duele el alma porque tú estás triste
sabiendo que tu llanto
es por otro querer y otro quebranto;
Solo por lo que fuiste...
¡me duele el alma porque tú estás triste!



Caida

SE ha eclipsado mi estrella, se ha apagado mi
[luz
y vaga en el vacío mi cerebro inconsciente;
como apoyo, la burla, el leño de la cruz
y en las sombras la angustia de terrror del de-
[mente.

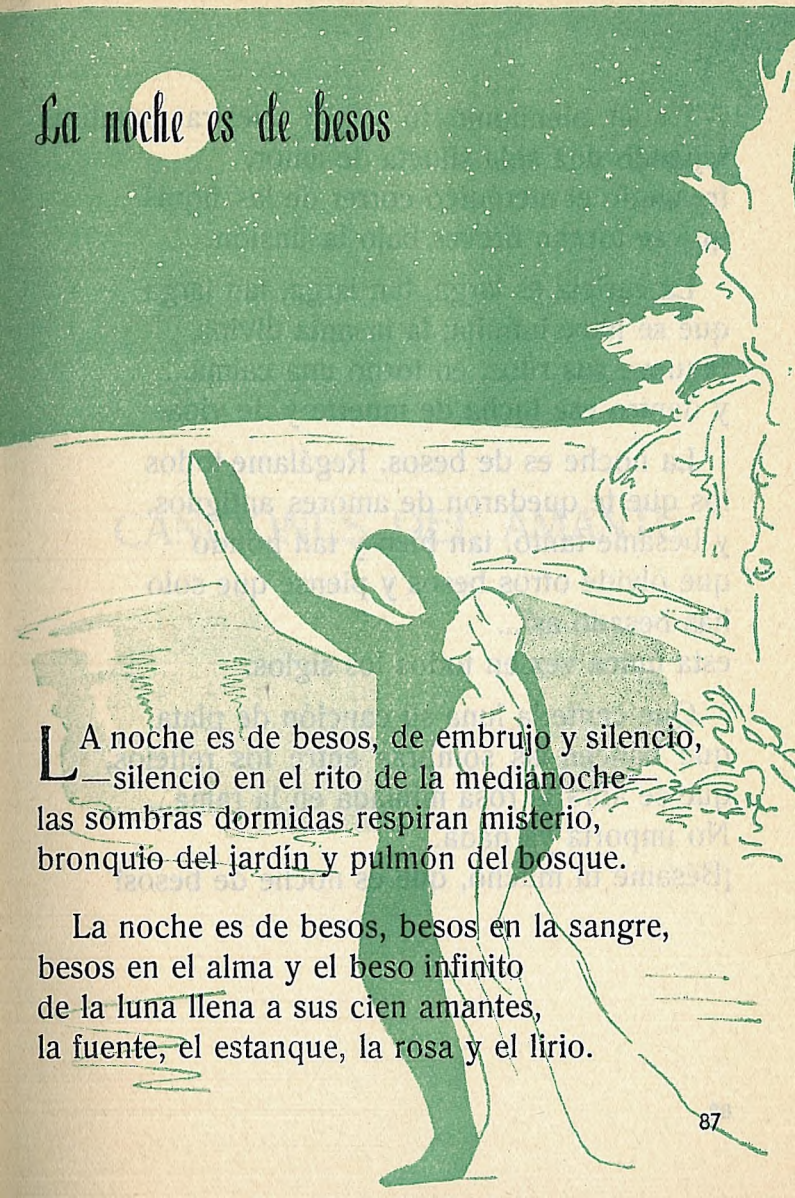
Mis pies no tocan tierra. ¿Ruedo o vuelo al
[acaso?

La sangre se me agolpa torturante en la sien.
Quiero agarrarme a algo, evitar el fracaso;
no hay más que mi pasión, ¡Y está rota también!

Señor de la justicia, de mi infancia el amigo,
no fulmines a aquellos que me hicieron traición,
mi único enemigo... soy yo. ¡Mi corazón!

¡Para qué!

ANTE el reproche de mi conciencia
no me defiendo, ni habla el dolor:
de tí me acuerdo y me callo...
¡El silencio es amor!



La noche es de besos

LA noche es de besos, de embrujo y silencio,
—silencio en el rito de la medianoche—
las sombras dormidas respiran misterio,
bronquio del jardín y pulmón del bosque.

La noche es de besos, besos en la sangre,
besos en el alma y el beso infinito
de la luna llena a sus cien amantes,
la fuente, el estanque, la rosa y el lirio.

En el plenilunio tú y yo; nuestras sombras
tejiendo una sola silueta de amor,
frenando el metódico correr de las horas
que se tornan breves bajo la ilusión.

La caricia es larga, tan larga, tan larga
que se hace infinita; la insania divina
renueva sus ritos; en torno una calma...
y dentro esa lucha de muerte y de vida.

La noche es de besos. Regálame todos
los que te quedaron de amores antiguos,
y bésame tanto, tan bien y tan hondo
que olvide otros besos y piense que solo
has besado así...
esta única vez en todos los siglos.

Que cante la luna su canción de plata,
que dancen las sombras entre los reflejos,
que se abra la rosa mimada en la rama...
No importa ya nada.
¡Bésame tu mucho, que es noche de besos!

CANCIONES DEL AMANTE

Cansancio

CAMINE sin buscar
y encontré lo buscado;
la fatiga de amar
me condujo a tu lado.

Con el alma apagada
y los ojos sin luz
tanteaban la nada
mis dos brazos en cruz.

Me rompieron cien veces
la ilusión y la fé
y el altar de mis preces...
¡sin saber yo por qué!

Caminé sin buscar,
el corazón cerrado
a la ilusión de hallar,
y te encontré a mi lado.

.....

Oprimiré tus manos
y miraré tus ojos
sin lenguajes humanos
con el alma de hinojos.

Agua de mi sendero,
espuma de mi mar,
todo lo que te quiero
lo diré sin hablar.

Cariño concentrado,
silencioso sentir,
como un niño cansado
que se quiere dormir.

No me preguntes nada,
ni si quise a alguien más.

Mi única bien amada,
como te quiero a tí
¡yo no quise jamás!

Abreme la puerta

ABREME la puerta como aquella vez;
que el campanilleo audaz de mi impaciencia
resuene en la tuya, como un eco loco.
Abreme la puerta... y en la nitidez
de tus ojos claros aprenda la ciencia
de ese querer bueno que apremiante invoco.

Abreme la puerta con trabas de anhelo
ábreme la puerta con pulsos de amor;

abreme la puerta, húndeme en tu abrazo
posando mi rostro sobre el terciopelo
de tu pecho cálido, y tu boca en flor
sea de mis labios carcel, nudo y lazo.

Déjame muy dentro, hasta lo más hondo
del misterio arcano, nostálgico y quieto,
que como una esfinge vigila enigmático
las amplias arenas sin base ni fondo, .
donde yace eterno el santo secreto
de un ensueño vano, callado y extático.

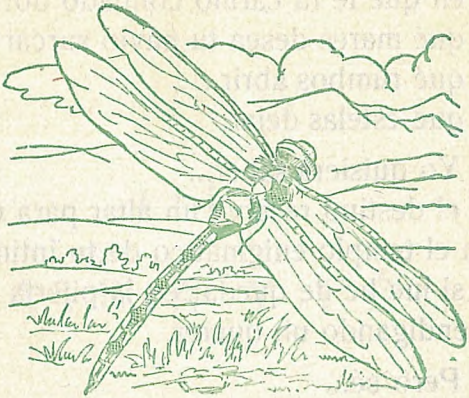
Y dime de todo lo que fué en tu vida
alegría o lágrima, victoria o fracaso,
el esfuerzo inútil y lo incomprendido
del amor que muere dejando la herida
sangrar lentamente en el largo ocaso
del día que fué, del día que ha sido.

Nos querremos mucho para recorrer
otra vez la senda de nuestro soñar.
Abreme en tu fé las puertas del alma.
Traigo sed... cansancio... déjame beber,
y luego dormir hasta descansar
sobre tu remanso de serena calma.

Tu dignificaste la dura tragedia

e hiciste grandioso el drama vulgar;
hoy quedan tus luces sobre el escenario.
Yo lloro con risas, farsas de comedia
y solo, en las sombras, me acerco a llamar...
ábreme tu puerta...
y cuelga un aliento sobre mi calvario.

Yo quisiera saber...



YO quisiera saber
qué infinitos saturan tus ensueños azules,
qué horizontes limitan tus miradas, mujer;
por qué está tu sonrisa tan nimbada de tules...
yo quisiera saber...

Qué aprisionan tus ojos en su cárcel de sombras
tras las místicas rejas de sus pestañas negras,
qué musitan tus labios en silencio, qué nombras,

Mis amores

DEJAD, no los toquéis, ¡Son mis amores!
Y anatema a aquel ser que insultar quiera
una sola color de mi bandera,
solo un rayo del haz de sus fulgores.

No los toquéis, mis predilectas flores,
realidades o ardor de mi quimera
que nacieron allá en mi edad primera
regados con rocío de candores.

No los toquéis; ideas, cosas, seres...
pero menos a ellas, las divinas
islas que añoran luz de amaneceres.

¡Oh mi Patria, ceñida con espinas;
por encima de todos mis quereres
estás tú, idolatrada Filipinas!

Mi homenaje

A Calvo y Arnáiz heróicos realizadores del primer vuelo Manila-Madrid en una frágil avioneta.

POR la ruta de las nubes,
—ruta sin ruta, infinita—
sorbiendo ilusión de vientos,
a través de la arenilla
de desiertos y de envidias,
dentelladas de distancia
va escupiendo el «Filipinas».

No es hierro, madera y pita,
ni es resuello de motores;
es la libélula invicta
que sobre las alas ténues
nos trae dos sampaguitas
con olor de héroe en su sangre
y valor de hombre en sus fibras.

Dos muchachos —muchachada,
locura de siemprevivas—
vienen jugando a volar
hasta la cuna escondida
que guarda la madre vieja,
—recuerdo de vida y polvo—
en la paz de su guardilla.

Y allí el viso, los encajes,
transparencia de cortinas,
el dosel con sus cascadas,
la cubierta, la mantilla.
¡Oh doradas telarañas!
¡Oh ventanillo lejano
por donde el oro aún se filtra!

Por vosotros fué la huída
contra todos los consejos,

por vosotros han llegado
contra toda profecía;
la herrumbre del hierro viejo
se tornó en polvillo de hadas
con tan mágica varilla.

Reposáis en el regazo
chiquillos —chiquillería—.
La sinrazón hace dioses
héroes, poetas y artistas.
Vuela, volando llegásteis
y os van a cortar las alas
chiquillos —chiquillería—.

Volved de nuevo a los vientos,
a las estrellas bonitas,
a las copas del espacio,
a todas las lejanías;
ya habéis besado a la madre
os esperan los luceros
más arriba, más arriba.

Remontáos otra vez,
que no hay posible crecida
en vuestra fé. ¡Sois inmensos...
—Peter Pan, dorada hebilla,

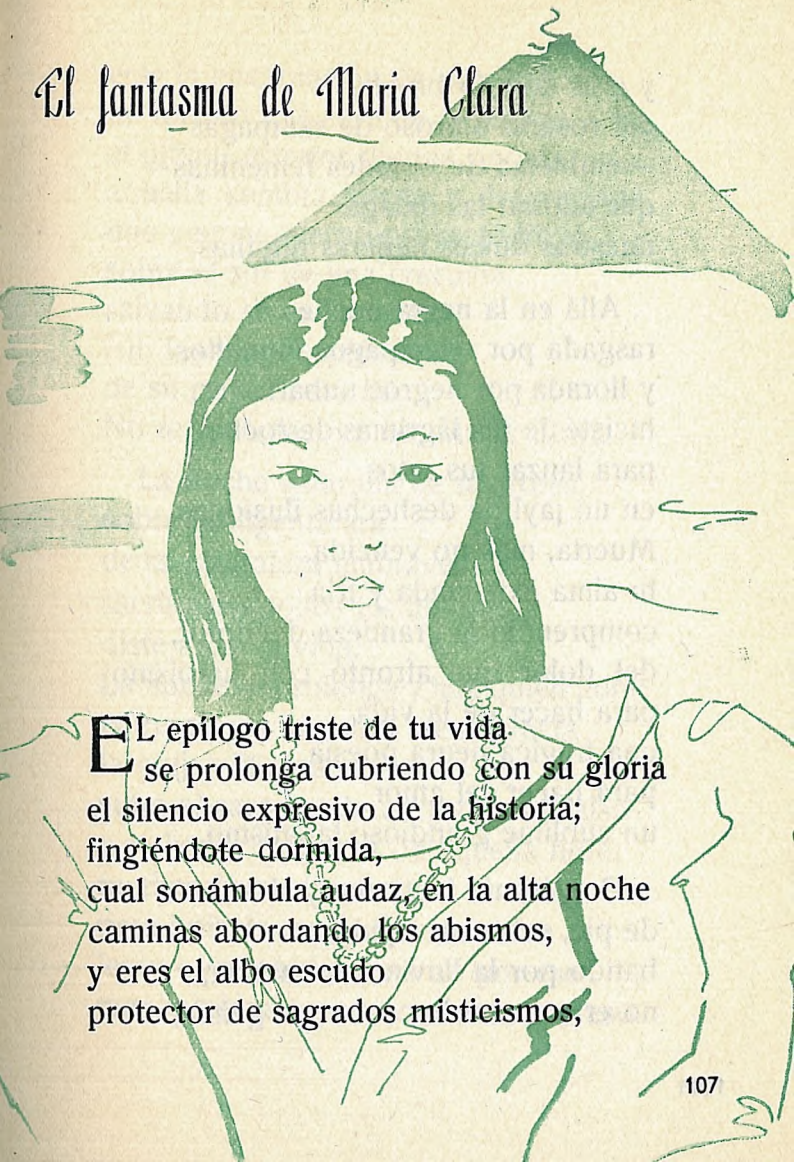
broche del «nunca jamás»—...
os negásteis a crecer,
héroes, poetas y artistas!

Si vuelve a llamar la cuna,
España, la Madrecita,
por la ruta de las nubes
traeréis la esencia divina,
la fé ingénua, la niñez,
a los que viven soñando
con los palacios de arriba.

ENVIO.

Con el vino de la raza
brindemos por Filipinas,
por España, por el arte,
por la gloria y por la vida.

El fantasma de María Clara



EL epílogo triste de tu vida
se prolonga cubriendo con su gloria
el silencio expresivo de la historia;
fingiéndote dormida,
cual sonámbula audaz, en la alta noche
caminas abordando los abismos,
y eres el albo escudo
protector de sagrados misticismos,

y eres dorado broche
del rosario oloroso de sampagas
—emblema de virtudes femeninas—
que adoran las dalagas
nuestras dulces mujeres filipinas.

Allá en la negra noche
rasgada por relámpagos inquietos
y llorada por negros nubarrones,
hiciste de tus lágrimas derroche
para lanzar tus retos
en un ¡ay! de deshechas ilusiones.
Muerta, más no vencida,
tu alma extenuada y fría
comprendió la grandeza del dolor,
del dolor que afrontó con heroísmo
para hacer de la vida
una trágica negra poesía,
para hacer del amor
un sublime grandioso fanatismo.

Creyéronte fantasma y sí lo eras;
de pie, sobre un tejado
batido por la lluvia huracanada,
no eras masa de carne que gemía,

eras la encarnación de algo soñado,
un aliento que vive de quimeras,
el último estertor de una agonía,
aquella sombra tierna y desgraciada
que con su cuerpo proyectó Rizal
sobre el sol de una creencia,
salvando su existencia
con las luces espléndidas
de su genio inmortal.
No te acuerdas, ya no, María Clara.

La noche saturada de negrores;
sobre la ingente ara
de la naturaleza embravecida
sacrificaste todos tus amores,
diste toda tu vida.
La noche se prolonga y hay quien llora;
entre muros de aúrea democracia
la mujer filipina
sufre el zarpazo de un progreso falso
y se busca tu fuerza de aquella hora,
tu alma llena de gracia,
para huir de un cadalso,
lento e inmaterial, mas no por eso
menos infausto que el que mata al preso.

Tu eres chispa nacida
del cerebro de un mártir de la idea,
en el choque aquel seco del amor
—a la patria dorada—
contra alguna injusticia maldecida.

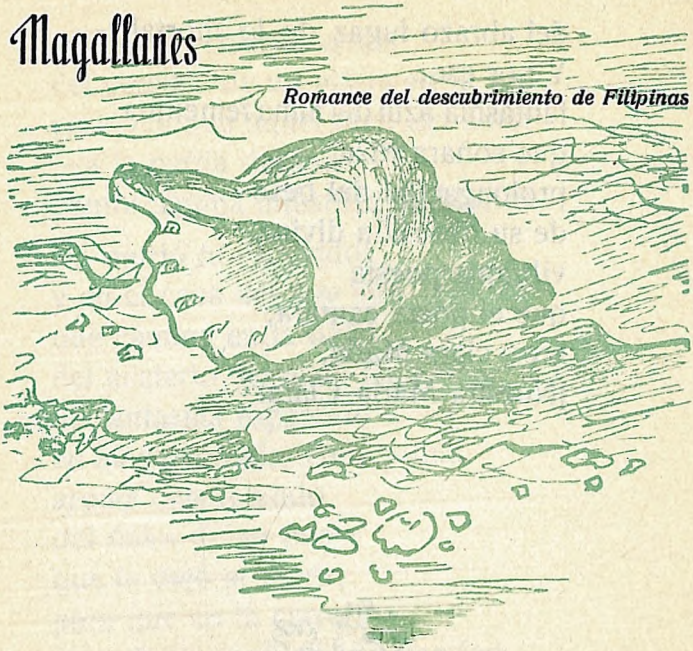
No murió tu esplendor
y en el caos del hoy aún eres tea
que camina en la nada
del misterio del alma femenina,
un fantasma esparcido
en su psicología ténue y fina,
aroma desprendido
del dolor de un poeta
que te dejó al morir,
para que en la carrera
empuñases muy alto su bandera
y llegases por él hasta la meta
antes de sucumbir.

Por eso en la presente oscuridad
escuchamos el ritmo de tus pasos,
porque en aquella noche de orfandad
dilataste tu espíritu
hasta romper los lazos

del abrazo fugaz de lo mortal.
Y por eso...
fantasma azul del alma femenina
que soñara Rizal,
prolongación del beso
de su obsesión divina,
vibrante poesía
que el poeta cantara,
eres, clara María,
¡Nuestra María Clara!

Magallanes

Romance del descubrimiento de Filipinas



CINCO naves marineras
surcando los cinco mares,
cinco faroles despiertos
en su miedo de huracanes,
bajo la cangreja mecen
sus ensueños estelares.
Allá en el palo mayor
cinco faroles diamantes

barren, escobas de luz,
el negro de los celajes;
Y cinco para el bauprés
oteando soledades.
Cinco naves marineras
surcando los cinco mares,
iban acercando sinos
al Capitán Magallanes.
La tierra se lo advirtió,
y él partió.

En islas Afortunadas
avisos presagian males.
«No temas tanto borrascas
como a osados capitanes».
La Isla lo susurró,
y él siguió.

Respetos se le negaron
en los altos, altos mares;
ya la noche no guiñaba
su saludo de señales.
Los mares se lo decían
y él seguía.

Neveros de Patagonia

hambre y frío, frío y hambres,
los lobos del sufrimiento
royendo los costillares;
llanuras de agua que cuecen
infinitas soledades;
inmovilidad de hielos,
mudez de luces australes
y un terror de lejanías
anulando voluntades.
En puerto de San Julián
rebelión de capitanes.
Los fríos se lo decían
y él seguía.

Destruyeron su Santiago
borrascas y tempestades,
de cinco, de cinco que eran
sólo quedan cuatro naves.
¿Cuál taladrará las tierras
si se ha perdido el patache?
El estrecho bucearon
las cuatro con su almirante,
pero en mitad de sus aguas
abandonó la más grande.

Carabela San Antonio,
desertora de los mares,
al llevarte bastimentos
dejaste sembradas hambres,
un cortejo de miserias
y terrores fantasmales.
Los vientos se lo decían,
y él seguía.

Desembocado el estrecho,
el mar del Sur en pañales,
un niño que bautizaron
con su sal de navegantes.
Las tres banderas de España
arroparon su oleaje
y cien pechos españoles
lo ungieron con fé y con sangre.
Pero guadañas de muerte
acechaban los afanes;
chorros hirvientes de soles
sobre los tórridos mares,
calmas que alejaban metas
y multiplicaban hambres,
la guadaña cercenando

vidas y tenacidades,
el hombre royendo cueros
y bebiendo residuales
y las tierras esquivando
la presencia de las naves.
La muerte se lo decía
y él seguía.

Seguía porque sabía
que los amores muy grandes
van presintiendo caminos
y salvando valladares.
¿Qué importaban los océanos
ni que importaban los Andes,
si una novia le esperaba
sobre un lecho de corales?

Una novia luminosa
en su fuego de volcanes
ataviada con verdores
y rocíos matinales;
en su frente una diadema
de luces crepusculares
y calzada con espumas
del retozo de los mares.

Tenía para su sombra
un parasol de cocales,
para mimo de sus brisas
de las cañas el plumaje,
en los dedos de las manos
los vientos de los cuadrantes
y a sus piés de madreperlas
mil cojines de corales.
Su corazón lo sabía
y... seguía.

Seguía cambiando rutas:
las de su empresa mercante,
con consignas recibidas
de unas manos imperiales.
Seguía torciendo rumbos,
sonámbulo de los mares,
huyendo de las Molucas
y ensoñando madrigales.
Seguía obsesos caminos,
impulsos de vida y sangre,
con los ojos hechizados
por lejanos litorales.
Y seguía arrebatado
por vorágine de imanes

que forzaban singladuras
a la proa de sus naves.

Al conjuro de una voz
con cadencias tropicales
seguía rumbo a la novia
eterna de sus saudades.
Una novia luminosa
en su fuego de volcanes,
ataviada con verdores
y rocíos matinales.
Filipinas, Filipinas,
la esposa de sus cantares.

Y por no decirla adiós
en sus brazos se durmió.

Solo por eso

POR Tu inmensidad, Señor,
Tu no cabes en mi voz;
por eso mis versos callan
mudeces de adoración.

Dame

ARROPA el corazón mío en tu mano
y dale la alegría de ser tuyo,
el afán del servicio cotidiano
y el vuelo luminoso del cucuyo.

Una gota de luz cada mañana,
plétora de misión a mediodía
y al toque de la tarde, en la campana,
tu paz sobre una casta sinfonía
y siempre, en «miserere» o en «hosanna»
tu presencia Señor, mía, muy mía.

Gratiae plena

A María, mediadora de todas las gracias

¿DONDE está la voz mía que te pueda cantar
si eres llena de gracia y de gracias rebosas?
¿Dónde están las espumas gráciles de mi mar,
y dónde los aromas y el color de mis rosas?

¿Dónde la luna llena asomada a mis cielos,
fosforeciendo el parque de mi vida interior...
y la candente mística y los férvidos vuelos
en la áurea canción de mi mejor amor?

¿Dónde el nardo y el lirio de mi aurora infantil
y el azahar y los tules de mi marcha nupcial,
y los sueños, los sueños de mis meses de Abril
y las rosas dormidas en mi blanco rosal?

Si en la gracia naciste y de gracias rebosas
y por raro prodigio de lección eres flor,
¡cómo voy a cantar, aun teniendo esas cosas,
la canción inmortal que quisiera mi amor!

Bajo el piélago inmenso de la maternidad,
Hijo tuyo es un Dios, Hijo tuyo es el Hombre
y palpita en tu carne la divina verdad
de ser Madre y ser virgen: ¡el milagro sin nombre!

Si tu cuerpo inmortal no sufrió la condena
de la disgregación y fué vivo en la muerte,
y tu ánfora eterna de rebosos fué llena
porque Madre de Dios, nuestro Dios quiso hacerte;

Si eres toda sin mácula y tus manos divinas,
en el dulce milagro de los pétalos rosa
deshojaron mil flores sobre mi Filipinas
para hacerla más buena, más leal, más hermosa.

¿Cómo voy a cantarte? ¿Con qué voz, con qué
[acento?
¿Qué clamor de campanas, qué clarín de victoria
llenaría los ámbitos y en la escala del viento
llevaría a los astros el pregón de tu gloria?

. . . . . .

Yo me postro ante Tí, con mi cruz y mi carga
a implorarte el perdón de mis culpas, Señora.
No me dejes muy sola en la noche tan larga...
Pon tu mano en la mía cuando llegue la hora...

Soneto

Del cuidador de la edición a la autora del libro

CUIDADOR de ediciones, a la meta
llegamos. Sin tardar, dí lo que opinas...
Que tu libro es alhaja en piedras finas
y «Sampaguita« la obra de un poeta;

que en los tercetos hago de profeta;
y algo más te diré: que Filipinas,
si nos puede enviar dos «Adelinas»,
su labor literaria hará completa;

que leyendo «A lo largo del camino»
me bañé en emoción; que vaticino
esto que es evidencia, y hablo en serio:

Ha de ser la Justicia y no el Acaso
quien grabará tu nombre en el Parnaso,
Adelina Gurrea Monasterio...

DR. ANTONIO GARCIA MUÑOZ

INDICE

PAGINA

DEDICATORIA

NOTA PRELIMINAR 11

PROLOGO 13

I - NATURALEZA Y TERNURA

Oración 23

El Jardín de "La Serna" 24

Quisiera volar 26

Ladrón de flores 28

El prado amigo 31

Estampa invernal 33

Sampaguita 34

Nostalgia 37

Playa filipina 39

Ocaso 41

Así no 42

Esfuerzo inútil 43

Mis relojes 45

Colegiala 46

Para un alma buena 48

Desaliento 50

Ese camino triste 52

Confesión 54

Inquietud 56

PAGINA

La angustia 59

II - AMOR Y PASION

Anhelo 65

Contigo 66

Quiero llegar a tu alma 68

Una rosa 70

Me dá... 72

Sentimental 74

El día que te vea 77

Yo no lo sé 80

Porque tú estás triste 82

Caída 84

¡Para qué! 86

La noche es de besos 87

CANCIONES DEL AMANTE

Cansancio 91

Abreme la puerta 94

Yo quisiera saber. 97

III - PATRIA Y FE

Mis amores 101

Mi homenaje 103

El fantásma de María Clara 107

Magallanes 112

Sólo por eso 119

Dame 120

Gratiae plena 121

Soneto 123

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
11	11	determinar dos fines	determinados fines
13	12	provocada saliendo	provocaba saliendo
16	1	iniciaciones escolores	iniciaciones escolares
16	17	subsconciente	subconsciente
17	2	precisa manera el paisaje	precisa manera un paisaje
35	13	pulsadores de alma	pulsadores del alma
35	15	tu caricia clara	de tu caricia clara
36	6	extática ígnea calma	de extática ígnea calma
52	3	Saint Nectairez	Saint Nectaire
104	14	guardilla	buhardilla
110	4	—a la patria dorada—	—a la patria adorada—
118	14	en sus brazos se durmió	en su abrazo se durmió

SERVICIO INTERNACIONAL DE PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
ICORE
MADRID

30 pesetas